

PREGÓN DE ANIVERSARIO



Buenas tardes, señor presidente de la Casa de Guadalajara, miembros de la Junta Directiva, socios y amigos de la Casa, señoras y señores, buenas tardes y gracias por invitarme a dictar este pregón de aniversario.

Hace cuatro años asumí la responsabilidad de presidir la Diputación de Guadalajara. Una tarea apasionante a la que me he dedicado

con ahínco durante este tiempo. Por mi trabajo como médico rural conocía bien nuestra tierra, pero puedo asegurarles que la experiencia de estos cuatro años ha hecho que el conocimiento se transforme casi en una pasión.

Si he tenido una aliada fiel y leal durante este tiempo, en todo lo que ha supuesto dar a conocer el alma de Guadalajara fuera de nuestra provincia, ese aliado ha sido la Casa de Guadalajara en Madrid y su junta directiva. Os doy las gracias por ello, en nombre de Guadalajara y en el mío personal.

Os puedo asegurar que no encuentro mejor broche para cerrar mi andadura al frente de la Diputación, que poder agradeceros personalmente el trabajo que día a día hacéis por nuestra provincia.

Una provincia que sobre el mapa, tiene forma de paleta de pintor. Una herramienta en la que, como sabéis, comparten espacio numerosos colores.

Cada pueblo, cada paisaje, cada comarca tienen su tonalidad, su luz, su matiz, que, por ese milagro de la naturaleza, varía según la época del año. Guadalajara es un chorro permanente de color. No hay más que asomarse a esas atalayas naturales que nos ofrece esta provincia_ el Alto Rey, el Mirador de Trijueque, El Ocejón, el Cañón del río Tajo o las Tetas de Viana, por poner algunos ejemplos, para disfrutar de una variedad cromática sorprendente.

Ninguna obra de arte puede superar el tapiz de colores de nuestros campos en otoño, y en especial del Hayedo de Yejera Negra en Cantalojas; o la voluptuosidad de los riscos, el agua y el verdor en la enorme hoz del Alto Tajo.

No hay artista capaz de recrear el extenso horizonte de la Campiña, teñido ahora en primavera por el trigo verde. Ni el cálido azul de nuestros pantanos, o el negro carbón de los pueblos de pizarra en las faldas del Ocejón, o el marrón cóbrido de los terreros del Henares.

Por no hablar del sorprendente paisaje alcarreño, que a la vuelta de cada uno de sus alcores enseña con timidez sus encantos, sus arroyos generosos, arboledas perdidas, fuentes de piedra y los rojos tejados de barros milenarios.